

EL MURO DE HIERRO

Vladimir Ze'ev Jabotinsky

Publicado originalmente en ruso, Razsviet, 4 de noviembre de 1923.

Traducción idiomática al español.

Colonización de Palestina

El acuerdo con los árabes es imposible por ahora

El sionismo debe seguir adelante

La regla de oro del buen periodismo es comenzar por lo más importante. Pero esta vez me veo obligado a empezar por una introducción, y además, por una introducción personal.

Se me tiene por enemigo de los árabes, alguien que quiere expulsarlos de Palestina y cosas por el estilo. No es verdad.

Desde el punto de vista afectivo, mi actitud hacia los árabes es la misma que hacia cualquier otro pueblo: indiferencia cortés. Desde el punto de vista político, mi posición se apoya en dos principios. En primer lugar, considero absolutamente imposible expulsar a los árabes de Palestina. Siempre habrá dos naciones en Palestina, y eso me parece bien, siempre que los judíos sean mayoría. En segundo lugar, pertenezco al grupo que redactó el Programa de Helsingfors, el programa de derechos nacionales para todas las nacionalidades que conviven en un mismo Estado. Al redactarlo, pensábamos no solo en los judíos sino en todos los pueblos del mundo, y su base es la igualdad de derechos.

Estoy dispuesto a jurar, en nombre propio y de mis descendientes, que jamás haremos nada contrario al principio de igualdad de derechos, y que nunca intentaremos expulsar a nadie. Me parece un credo bastante pacífico.

Pero es cosa bien distinta preguntarse si siempre es posible alcanzar un objetivo pacífico por medios pacíficos. Porque la respuesta a esa pregunta no depende de nuestra actitud hacia los árabes, sino enteramente de la actitud de los árabes hacia nosotros y hacia el sionismo.

El acuerdo voluntario no es posible

No puede haber ningún acuerdo voluntario entre nosotros y los árabes palestinos. Ni ahora ni en el futuro previsible. Lo afirmo con tanta convicción no porque quiera herir a los sionistas moderados; no creo que se sientan heridos. Salvo quienes nacieron ciegos, hace tiempo que comprendieron que es absolutamente imposible obtener el consentimiento voluntario de los árabes palestinos para transformar Palestina de un país árabe en un país con mayoría judía.

Mis lectores tienen una idea general de la historia de la colonización en otros países. Los invito a repasar todos los precedentes que conozcan y a ver si existe un solo caso en que una colonización se haya llevado a cabo con el consentimiento de la población nativa. No existe tal precedente. Las poblaciones nativas, civilizadas o no, siempre han resistido con obstinación a los colonizadores, sin importar si estos eran civilizados o salvajes. Y tampoco importó en absoluto si los colonizadores se comportaban decentemente o no. Los compañeros de Cortés y Pizarro, o bien, como algunos recordarán, nuestros propios antepasados bajo el mando de Josué Bin Nun, se comportaron como bandidos; pero los Padres Peregrinos, los verdaderos pioneros de América del Norte, eran personas de la más alta moralidad, que no querían hacerle daño a nadie, y mucho menos a los indígenas, y creían sinceramente que en las praderas había espacio de sobra tanto para el hombre blanco como para el piel roja. Sin embargo, la población nativa luchó con la misma ferocidad contra los buenos colonizadores que contra los malos.

Todo pueblo nativo, civilizado o no, considera sus tierras como su hogar nacional, del que es el único dueño, y quiere conservar esa soberanía para siempre. Se niega a admitir no solo a nuevos amos, sino incluso a nuevos socios o colaboradores.

Los árabes no son tontos

Lo mismo ocurre con los árabes. Los que predicán la paz entre nosotros tratan de convencernos de que los árabes son o bien unos ingenuos a quienes podemos engañar disimulando nuestros verdaderos objetivos, o bien gente corrupta a la que se puede sobornar para que abandone sus derechos sobre Palestina a cambio de ventajas culturales y económicas. Rechazo esa visión de los árabes palestinos. Culturalmente están quinientos años por detrás de nosotros; no tienen ni nuestra resistencia ni nuestra determinación. Pero son tan buenos psicólogos como nosotros, y su inteligencia se ha afilado, igual que la nuestra, a lo largo de siglos de sutiles disputas verbales. Podemos contarles lo que queramos sobre la inocencia de nuestras intenciones, suavizando y endulzando el discurso para hacerlo más digerible, pero ellos saben perfectamente qué queremos, igual que nosotros sabemos perfectamente qué es lo que ellos no quieren. Sienten por Palestina al menos el mismo amor celoso e instintivo que los aztecas sentían por el México antiguo, o los sioux por sus praderas.

Imaginarse, como hacen nuestros arabófilos, que los árabes van a consentir voluntariamente la realización del sionismo a cambio de las ventajas materiales y morales que trae consigo el colono judío, es una ingenuidad que en el fondo encierra cierto desprecio hacia el pueblo árabe. Significa que lo consideran una turba corrupta que se puede comprar y vender, capaz de renunciar a su patria a cambio de una buena red ferroviaria.

Todos los pueblos nativos resisten a los colonizadores

Nada justifica esa creencia. Puede que algunos árabes a título individual acepten sobornos. Pero eso no significa que el pueblo árabe de Palestina en su conjunto vaya a vender ese patriotismo ardiente que cuida con tanto celo, y que ni siquiera los papúes venderían. Todo pueblo nativo resiste a los colonizadores mientras conserva la más mínima esperanza de librarse del peligro de ser colonizado.

Eso es exactamente lo que hacen los árabes en Palestina, y lo seguirán haciendo mientras quede una sola chispa de esperanza de poder impedir que Palestina se convierta en la Tierra de Israel.

Los árabes nos comprenden perfectamente

Algunos de nosotros nos hemos convencido de que el problema es un malentendido: los árabes no nos han comprendido, y solo por eso nos rechazan. Si lográramos explicarles lo moderadas que son en realidad nuestras intenciones, nos tenderían la mano de inmediato.

Esta creencia es absolutamente infundada y ha sido desmentida una y otra vez. Recordaré un solo ejemplo entre muchos. Hace unos años, durante una de sus visitas periódicas a Palestina, el difunto señor Sokolow pronunció un discurso sobre este tema del supuesto malentendido. Demostró con claridad y convicción que los árabes estaban muy equivocados si creían que teníamos algún deseo de despojarlos de sus bienes, expulsarlos del país u oprimirlos. Ni siquiera pedíamos un gobierno judío que ejerciera el Mandato de la Sociedad de Naciones.

Uno de los periódicos árabes, El Carmel, respondió en su momento con un editorial cuya idea central era la siguiente:

Los sionistas arman un escándalo por nada. No hay ningún malentendido. Todo lo que dice el señor Sokolow sobre las intenciones sionistas es verdad, pero los árabes ya lo saben sin necesidad de que él se los explique. Por supuesto que los sionistas no pueden estar pensando ahora en expulsar a los árabes ni en oprimirlos, y tampoco contemplan un gobierno judío. Obviamente, ahora solo les preocupa una cosa: que los árabes no obstaculicen su inmigración. Los sionistas nos aseguran que incluso la inmigración estará regulada estrictamente según las necesidades económicas de Palestina. Los árabes nunca lo han dudado: es una obviedad, porque de lo contrario no podría haber inmigración.

No hay ningún malentendido

Este editor árabe estaba dispuesto a reconocer que Palestina tiene una capacidad de absorción muy grande, es decir, que hay sitio para muchos judíos sin desplazar a

un solo árabe. Lo que los sionistas quieren es una sola cosa, y es precisamente esa cosa la que los árabes no quieren: porque ese es el camino por el que los judíos irían convirtiéndose gradualmente en mayoría, y entonces un gobierno judío surgiría de manera automática, y el futuro de la minoría árabe dependería de la buena voluntad de los judíos. Y ser minoría no es una situación agradable, como los propios judíos no se cansan de señalar. De modo que no hay ningún malentendido.

Los sionistas quieren una sola cosa: inmigración judía. Y esa inmigración judía es exactamente lo que los árabes no quieren.

Esta descripción de la situación por parte del editor árabe es tan lógica, tan evidente, tan indiscutible, que todo el mundo debería saberla de memoria y tomarla como base de cualquier debate futuro sobre la cuestión árabe. No importa qué terminología usemos para explicar nuestros objetivos colonizadores, la de Herzl o la de Sir Herbert Samuel.

La colonización lleva implícita su propia explicación, la única posible, inmutable y tan clara como la luz del día para cualquier judío o árabe ordinario.

La colonización solo puede tener un objetivo, y los árabes palestinos no pueden aceptar ese objetivo. Está en la naturaleza de las cosas, y en este aspecto la naturaleza no puede cambiarse.

El Muro de Hierro

No podemos ofrecer a los árabes palestinos ninguna compensación adecuada a cambio de Palestina. Por lo tanto, no hay ninguna posibilidad de llegar a un acuerdo voluntario. Así que todos los que consideren ese acuerdo una condición sine qua non del sionismo bien pueden decir que no y abandonar el sionismo.

La colonización sionista debe detenerse, o bien avanzar sin tener en cuenta a la población nativa. Lo que significa que solo puede avanzar y desarrollarse bajo la protección de una fuerza ajena a la población nativa, detrás de un muro de hierro que esa población no pueda traspasar.

Esa es nuestra política árabe, no la que debería ser, sino la que es en realidad, lo admitamos o no. ¿Para qué sirve, si no, la Declaración Balfour? ¿O el Mandato? Su valor para nosotros reside en que una potencia exterior se ha comprometido a crear en el país las condiciones de administración y seguridad tales que, si la población nativa quisiera obstaculizar nuestra obra, le resultara imposible.

Y todos nosotros, sin excepción, exigimos día tras día que esa potencia exterior cumpla con esta tarea con energía y determinación.

En esto no hay ninguna diferencia entre nuestros militaristas y nuestros vegetarianos. Solo que los primeros prefieren que el muro de hierro esté formado por soldados judíos, y los otros se conforman con que sean británicos.

Todos exigimos que haya un muro de hierro. Y sin embargo seguimos perjudicando nuestra propia causa al hablar de acuerdo, lo que equivale a decirle al Gobierno Mandatario que lo importante no es el muro de hierro, sino las conversaciones. Esa retórica vacía es peligrosa. Y por eso no solo es un placer sino un deber desacreditarla y demostrar que es tanto una fantasía como una deshonestidad.

El sionismo es moral y justo

Dos observaciones breves.

En primer lugar, si alguien objeta que este punto de vista es inmoral, respondo: no es verdad. El sionismo o es moral y justo, o es inmoral e injusto. Pero esa es una cuestión que deberíamos haber resuelto antes de convertirnos en sionistas. En realidad ya la resolvimos, y en sentido afirmativo.

Sostenemos que el sionismo es moral y justo. Y puesto que es moral y justo, la justicia debe imponerse, sea o no del agrado de José, Simón, Iván o Ahmed.

No existe otra moral.

El acuerdo final es posible

En segundo lugar, esto no significa que no pueda llegarse a ningún acuerdo con los árabes palestinos. Lo que es imposible es un acuerdo voluntario. Mientras los árabes sientan que tienen la más mínima esperanza de librarse de nosotros, no renunciarán a esa esperanza ni a cambio de buenas palabras ni de pan y mantequilla, porque no son una turba, sino un pueblo vivo. Y cuando un pueblo vivo cede en asuntos de tal importancia, es solo cuando ya no le queda ninguna esperanza de deshacerse de nosotros, porque no puede abrir ninguna brecha en el muro de hierro. Solo entonces abandonarán a sus líderes extremistas, cuya consigna es el nunca jamás. Y el liderazgo pasará a los grupos moderados, que se acercarán a nosotros con una propuesta de concesiones mutuas. Entonces podremos esperar que debatan honestamente cuestiones concretas, como la garantía contra el desplazamiento de los árabes, la igualdad de derechos para el ciudadano árabe, o la integridad nacional árabe.

Y cuando eso ocurra, estoy convencido de que los judíos estaremos dispuestos a darles garantías satisfactorias, de modo que ambos pueblos puedan vivir juntos en paz, como buenos vecinos.

Pero el único camino para llegar a ese acuerdo es el muro de hierro, es decir, una fuerza sólida en Palestina que no esté a merced de ninguna presión árabe. Dicho de otro modo: el único camino para alcanzar un acuerdo en el futuro es abandonar toda idea de buscar un acuerdo en el presente.